

rad mis manos y mis pies; yo mismo soy: tocad y ved: el espíritu no tiene ni carne ni huesos, como veis que yo los tengo. Despues de haberles dicho esto, les mostró sus manos, sus pies y el costado con las cicatrices; pero era tanto el gozo que tenian, que apenas podian creer lo mismo que estaban viendo. Estando así suspensos, les dixo Jesus: ¿Teneis algo que comer? Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Habiendo comido Jesus en su presencia, tomó las sobras y se las dió, diciéndoles despues: Ahora veis cumplirse lo que os decia cuando estaba con vosotros, que era preciso se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moyses, en los profetas y en los salmos. Luego que hubo comido delante de ellos, no porque tuviese necesidad de alimento, sino por desvanecer todas sus dudas, y para convencerlos con las pruebas mas sensibles, que el que estaba con ellos era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dixo otra vez: La paz sea con vosotros; como á mí me envió mi Padre, así tambien os envio á vosotros yo; despues de lo cual sopló en ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu santo: (Joan. 10.) A quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes los retuviéreis sin perdonarles, les serán retenidos.

Tomás no estaba con los otros apóstoles cuando vino Jesus, y se les manifestó del modo que acabamos de decir: luego que le viéron, le dixéron, llenos de gozo, que habian visto al Señor; pero él no los quiso creer. Contáronle lo que el Señor les habia dicho, y lo que habia hecho con ellos; pero él les respondió: Mientras yo no vea en sus manos la abertura de los clavos, miéntras no meta mi dedo por sus agujeros y mi mano en su costado, nada he de creer. Esta especie de incredulidad parece nacia mas bien de un deseo demasiado vehemente de que esto fuese así, que de una obstinada desconfianza de que pudiese ser. Cuando se desea una cosa con impaciencia y con ansia, se cree poco todo lo que se nos dice tocante á ella; queremos convencernos por nosotros mismos. Como quiera que sea, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades al establecimiento de la fe de su resurreccion, no quiso dexar á este Após-

tol en su infidelidad: á este fin ocho dias despues, estando los discípulos juntos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró Jesus estando cerradas las puertas; puso en medio de ellos, diciendo: La paz sea con vosotros; y luego volviéndose á Tomás, le dixo: Acércate, discípulo incrédulo, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; llega tu mano, y métela en mi costado; asegúrate bien de la verdad y de la realidad de mi resurreccion, y no seas incrédulo, sino fiel. Entonces Tomás, penetrado á un mismo tiempo de gozo y de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, se postró á sus pies, y exclamó: Mi Señor y mi Dios. Díxole entonces Jesus: Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que te di tantas veces cuando estaba contigo, ni del de tus hermanos despues de mi resurreccion, has querido convencerme por tus propios sentidos, has creído ahora porque me has visto y me has tocado. *Pero dichosos los que no han visto, y sin embargo han creído.* La dificultad que tuvo santo Tomás para creer la resurreccion de Jesucristo sobre el testimonio de los discípulos, no es sin misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, digámoslo así, como la basa de toda la religion, quiso Dios que tuviésemos sobre este punto todas las seguridades imaginables, y por eso se dexó ver tantas veces; se dexó tocar, comió y conversó familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de santo Tomás, como dicen los santos padres, sirvió mas que la fe sencilla y pronta de todos los otros discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho con pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creído con demasiada ligereza.

§. LXV.

Pesca milagrosa. Encarga Jesus sus ovejas á san Pedro, é instruye á sus apóstoles.

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que volviesen á Galilea, se fuéron allá sin detencion, y lograron que Jesus se les manifestase en muchas ocasiones.

(Joan. 21.) Estando un dia juntos Pedro, Tomás, Die-

go, Juan, Natanael y otros dos discípulos, les dixo Pedro que iba á pescar; respondiéronle los otros que querian tambien ir con él: entraron, pues, todos en una barca, echaron la red al agua, pero nada pescaron en toda aquella noche. A la mañana se presentó Jesus en la ribera, sin que los discípulos supiesen quién era. Preguntóles si tenían algo que comer; respondiéndole que no, el Salvador les dixo: Tended la red á la diestra de la barca, y hallaréis pesca. Hiciéronlo así, y no podian traer la red por la muchedumbre de los peces que habia en ella. Visto esto, el discípulo á quien amaba Jesus, le dixo á Pedro, *El Señor es*. Lo mismo fue oír Pedro esto, que ponerse la túnica que se habia quitado para pescar, é impaciente por llegar cuanto antes adonde estaba su Maestro, se echó en el mar. Los demas llegaron á la ribera con la barca, trayendo la red llena de peces. Habiéndola sacado á tierra, se hallaron en ella ciento y cincuenta y tres peces, muy grandes; y en medio de haber una cantidad tan grande, no se rompió la red. Habiendo echado pie á tierra, vieron unas ascuas, y un pez asándose en ellas y un pan; díxoles Jesus: Traed de esos peces que habeis cogido, y venid á comer; dióles él mismo á comer del pan y del pez asado. Acabada la comida, dixo Jesus á Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que todos éstos? Sí, Señor, respondió, tú sabes que te amo. Díxole Jesus: *Pues apacienta mis corderos*. Preguntóle luego otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Sí, Señor, respondió, tú sabes que te amo. Díxole Jesus: *Pues apacienta mis corderos*. Preguntóle Jesus tercera vez, si le amaba verdaderamente. Entonces Pedro, afligido de que Jesus pareciese dudar de su ardiente amor, le respondió como sentido: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes muy bien que te amo de todo corazón. Habiendo el Salvador hecho de este modo que su apóstol reparara con este triplicado testimonio de su amor la culpa que habia cometido negándole tres veces, le encomendó en presencia de todos el cuidado de sus ovejas; esto es, de las almas, diciéndole otra vez: *Apacienta, no solo mis corderos, sino tambien mis ovejas*. En esta orden reiterada que el Salvador dió á san Pedro en presencia de los demas apóstoles de apa-

centar sus corderos y tambien sus ovejas, nos dió á entender el divino Pastor de nuestras almas, dicen los santos padres, que le declaraba, y constituía desde entonces por su vicario en la tierra, y por pastor universal de su rebaño; pero al mismo tiempo le dió á conocer que esta honra le costaría muy caro, pues le sería preciso dar su vida por el rebaño, cuya conducta se le encargaba; y entonces le predixo que moriría crucificado.

Dicho esto, mandó Jesus á Pedro que le siguiera. Volviendo Pedro la cara atrás, vió al discípulo, á quien amaba Jesus, es decir, á Juan que le seguía, y dixo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de éste? Reprendió Jesus su curiosidad, enseñándole que no debia estar solícito por lo que habia de ser de los demas; y en consecuencia de esto le dixo: Si yo quiero que éste se esté así hasta que yo vuelva, ¿qué te importa á ti, ni que te va en ello? Esta fué la séptima aparicion pública del Salvador. Manifestóse tambien poco despues á mas de quinientos discípulos juntos, de los cuales muchos vivian aún cuando san Pablo escribia su primera carta á los corintios, es decir veinte años despues; y san Mateo añade que entonces fue cuando Jesus les dixo: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, y enseñad á todas las gentes y naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado. Por lo que á mí toca, añadió, aunque bien presto he de subirme al cielo, sin embargo, estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta promesa, dicen los padres é intérpretes, fue una confirmacion de la seguridad que les habia dado de su asistencia, siempre presente en su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Otras muchas veces se dexó ver todavía de sus apóstoles el Hijo de Dios en los cuarenta días que estuvo sobre la tierra despues de su resurreccion; (*Joan. 26.*) aparecióseles en varias ocasiones, dice san Lucas, para asegurarles con estas pruebas sensibles que estaba vivo, y para hablarles del reyno de Dios. Como los habia destinado para que con su predicacion llamaran á los hombres á la posesion de este reyno, les dió todas las instrucciones necesarias para desempeñar dignamente esta

funcion. Explícoles todo lo que habia sido dicho de él en la ley de Moyses, en los libros de los profetas y en los salmos; y les hizo ver que convenia, segun estaba escrito, que Cristo padeciese todas las ignominias de su pasion, y la misma muerte, y que resucitase al tercero dia como habia sucedido.

En estas apariciones frecuentes y familiares instruía Jesucristo á sus apóstoles, y les enseñaba los principales misterios de la religion, las grandes verdades de la salvacion, y les hacia el plan de su Iglesia. En éllas les daba una justa idea de la disciplina, les explicaba los sacramentos que habia instituido, y los que instituyó por entonces, el modo de ofrecer el divino sacrificio y toda la moral cristiana, ofreciéndoles que el Espíritu santo, que habia prometido enviarles, les daría una inteligencia perfecta de todo lo que les habia enseñado, queriendo que el Espíritu santo, la tercera persona de la santísima Trinidad, fuese quien diera la última mano, digámoslo así, á su obra.

§. LXVI.

La ascension gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

Diez dias antes de la fiesta de Pentecostes, es decir, el dia cuarenta despues de su resurreccion, habiendo el Salvador divino juntado á todos los apóstoles en Jerusalem, se les apareció por la última vez. Empezó su razonamiento por una dulce y caritativa correccion que les dió como buen padre, por la repugnancia que habian tenido al principio la mayor parte de ellos en creer á los que le habian visto: abrióles el espíritu, el que hasta entonces habian tenido casi todos cerrado á las verdades que les habia enseñado: dióles la inteligencia de las Escrituras; especialmente por lo tocante á los misterios de su muerte y resurreccion. Despues, dirigiéndose particularmente á los apóstoles, les dixo que los habia escogido para que fuesen testigos de todas estas verdades y las anunciasen por todo el mundo, y para que predicasen la penitencia y la remision de los pecados á to-

dos los pueblos de la tierra empezando desde Jerusalem: que los que creyesen y recibiesen el bautismo, y tuviesen una vida pura, santa y conforme á las máximas de su evangelio, se salvarian; pero que los que no creyesen, ó creyendo viviesen poco cristianamente, se condenarian. Y para que podais trabajar mas útilmente en la conversion de los infieles, añadió, os daré el poder de hacer milagros, de expeler los demonios en mi nombre y hablar nuevas lenguas, de no temer las mordeduras de las serpientes, ni nada de cuanto hay de venenoso. (*Marc. 16.*) Finalmente, despues de haberles prometido enviarles el Espíritu santo, les mandó se estuvieran algunos dias retirados en Jerusalem, pasando el tiempo en oracion, y que no se moviesen hasta que fuesen revestidos de una fuerza que vendria de lo alto. (*Luc. 24.*) Despues de lo cual les dixo á todos que fuesen con él al monte de las Olivas. Luego que hubieron subido á dicho monte, levantó las manos, y les echó á todos su bendicion. Postrados todos en tierra, le adoraron; y al mismo tiempo se fue levantando poco á poco hácia el cielo viéndole todos, hasta que en fin le perdiéron de vista. Entonces fue cuando este divino Salvador, penetrando en un instante todos los cielos, en medio de toda la corte celestial que habia salido á recibir á su soberano Señor, fué á sentarse como hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en donde reyna y reynará mas allá de todos los siglos por toda la eternidad, comunicando á su sagrada humanidad toda la plenitud de su gloria.

Todos los apóstoles y discípulos que le habian visto subir al cielo por su propia virtud, penetrados de gozo, abrasados de amor y arrebatados de admiracion, estaban inmóviles en el parage donde les habia cogido un espectáculo de tanto gusto para ellos, sin poder apartar la vista de la nube que les habia quitado de los ojos á su divino Maestro; hasta que dos ángeles se les aparecieron en figura humana, vestidos de blanco, y les dixéron: (*Act. 9.*) *Varones de Galilea, ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesus que se ha partido de vosotros para el cielo, volverá así como le habeis visto subir al cielo.* Hablaban del gran dia del juicio final, en que Je-

Jesucristo vendrá á juzgar á todos los hombres.

La santísima Virgen, que habia asistido á la gloriosa ascension de su divino Hijo á los cielos, se volvió con toda aquella santa comitiva á Jerusalem, en donde, segun la órden de Jesucristo, pasáron todo el tiempo en retiro y oracion, hasta que fuéron revestidos de la virtud de lo alto, esto es, hasta la venida del Espíritu santo, la que sucedió diez dias despues, que fue en el santo dia de Pentecostes.

El lugar de donde nuestro Señor Jesucristo subió á los cielos á vista de su santísima madre, de sus apóstoles y de todos sus discípulos, estaba en la cima del monte Olivete, que está á media legua de camino de los muros de Jerusalem, al lado del poniente. Dignóse el Salvador divino dexar impresos en la piedra sus sagrados vestigios ó huellas, y metidos milagrosamente hasta dos ó tres pulgadas hácia abaxo; en cuya forma han quedado sin la menor alteracion, por mas que los cristianos, que han concurrido allá en peregrinacion desde entonces hasta ahora de todas partes, no hayan cesado de raerlos para sacar piedra ó tierra para llevarla por reliquia. Por la figura de los pies del Salvador impresa en la piedra parece que estaba en pie, que tenia la cara vuelta hácia el septentrion.

Cuenta Eusebio, que cuando la emperatriz santa Elena, madre del gran Constantino, hizo edificar una magnífica iglesia en aquel parage, ordenó que el pavimento fuese de mármol y de jaspe, y sobre todo en el sitio en donde subsistian los vestigios del Salvador; pero cuando le quisieron cubrir de jaspe, no fue jamás posible conseguirlo. Todo cuanto se ponía encima, por mas rico y precioso que fuese, era empujado y rechazado por una virtud invisible; de modo que fué preciso dexarle descubierto. San Gerónimo añade que cuando se quiso acabar la bóveda de esta magnífica basílica, no fue posible tampoco cerrar el parage que correspondia perpendicularmente al sitio de los vestigios de los pies del Salvador; de suerte, que fue necesario dexar descubierto el espacio por el cual Jesucristo habia subido de la tierra al cielo, igualmente que el parage de la peña en donde habia dexado impresas sus sagradas huellas.

§. LXVII.

Los misterios y fiestas principales en honra de Jesucristo.

Habiendo referido en esta historia con bastante extension, hasta las menores circunstancias, todos los misterios de la vida y muerte de Jesucristo, hasta su gloriosa ascension á los cielos, solo resta hablar aquí de sus sagrados despojos; esto es, de los instrumentos de su pasion y de su muerte, y de todo lo que sirvió en su sepultura; lo que se puede llamar las sagradas reliquias del Salvador, cuya mayor parte honra la Iglesia con particulares fiestas.

Celebrando la Iglesia todos los años con tanta solemnidad estos sagrados misterios, que se pueden llamar el alma de nuestra religion, no pretende precisamente renovar su memoria, sino que sus hijos saquen de ellos todo el fruto que son capaces de producir en las almas bien dispuestas, é intenta asimismo excitar su reconocimiento, fomentar su devocion por la celebridad de estas grandes fiestas. En efecto, entre todos los ejercicios en que puede ocuparse la devocion de los fieles, apenas hay ninguno mas útil que el de emplear bien los dias de las fiestas solemnes; pues en ellos se encuentra lo que la religion nos propone de mas esencial, así en sus misterios como en su culto.

Este es el fin que se propone la Iglesia para celebrar con tanta pompa y religion el misterio de la encarnacion del Verbo Eterno; en el seno de la santísima Virgen el 25 de marzo, la natividad de Jesucristo el 25 de diciembre; su circuncision el primero de enero; su manifestacion á los gentiles ó la Epifanía, comunmente llamada la fiesta de los Reyes, el 6 del mismo mes; su presentacion en el templo de Jerusalem, cuarenta dias despues de su nacimiento, el 2 de febrero; su gloriosa transfiguracion el 6 de agosto, la memoria de su pasion y de su muerte en la última semana de Cuaresma; su triunfante resurreccion el santo dia de pascua, llamado por excelencia el dia del Señor, *Dies Dominica*, y del que todos los domingos del año

son como el día de la octava; finalmente, su gloriosa ascension á los cielos el día 40 despues de su resurreccion; y diez dias despues de la ascension; la venida del Espíritu santo en figura de lenguas de fuego sobre sus apóstoles y discípulos, el santo día de Pentecóstes, como el Salvador divino les habia prometido; y despues de todas estas grandes solemnidades, la fiesta de la Eucaristía, llamada la fiesta del Corpus, una de las mas célebres y mas privilegiadas, como que encierra y contiene en sí todos los otros misterios; pues la divina Eucaristía es como el compendio de todos, siendo como es la representación real de su muerte, la obra mas grande y mas excelente de su omnipotencia y de su sabiduría, el milagro, digámoslo así, de su amor, y como el compendio de todas sus maravillas.

Ademas de todas estas fiestas solemnes y universales de los principales misterios de nuestra religion; ademas de las de la cruz adorable de Jesucristo, principal instrumento de nuestra redencion, se celebran tambien en algunas iglesias particulares las grandezas de Jesus el 28 de enero; la fiesta del santo nombre de Jesus el 14 del mismo mes, ó la dominica 2.^a despues de la Epifanía; la de las cinco llagas, monumentos eternos de lo que le costó al Salvador el redimirnos; la de los santos clavos, y de la corona de espinas, de que se hablará mas adelante.

Se ve finalmente celebrarse el día siguiente á la octava del Corpus la fiesta del sagrado Corazon de Jesus, que es la fuente de todos los beneficios de que el Salvador nos ha llenado, la silla ó centro del amor infinito que nos tiene, y el principio de todos estos grandes misterios: se ve, vuelvo á decir, establecida el día de hoy esta fiesta en una infinidad de diócesis, en la mayor parte por voto, con motivo de la enfermedad contagiosa con que la Francia ha sido tanto tiempo afligida. La liberalidad con que los sumos pontífices han derramado por medio de muchos breves los tesoros de la Iglesia sobre todos los que tienen esta sólida devoción en el corazon, autoriza bastante su práctica. (1) Aunque esta devoción, que no tiene por objeto sino el amor inmenso de que está abrasado el corazon

(1) A instancia del Rey nuestro Sr. D. Fernando VII. expidió el Papa Pio VII. en 7 de diciembre de 1815, el breve para que se celebre en todos los reynos y dominios de España dicha festividad el viernes despues de la octava del Corpus.

de Jesus, y el desagravio de los ultrajes que recibe en la divina Eucaristía de la enorme ingratitud de los hombres; aunque esta sólida devoción sea tan antigua, y siempre haya sido tan de la aprobacion y del gusto de los mas grandes santos, como se puede ver en el libro intitulado: *devoción al sagrado Corazon de Jesus*, que el autor de esta historia ha dado al público; parece que no se ha renovado en estos últimos tiempos sino para hacer revivir aquel primer fervor casi apagado el día de hoy en la mayor parte de los cristianos.

A la verdad, como el adorable Corazon de Jesucristo Señor nuestro, es el santuario de la santidad del mismo Dios; como todos sus movimientos por la dignidad de la persona divina que los obra, son de un valor infinito; como este divino Corazon no solo es el asiento del inmenso amor que Jesucristo nos tiene, sino tambien el órgano de este amor; como en este sagrado Corazon nacen todos los sentimientos de dulzura, de bondad y de misericordia que este divino Salvador nos manifiesta; como este Corazon es el manantial y el tesoro de todos los favores y beneficios de que somos colmados; como es el asilo de los pecadores, y la mas dulce morada de las almas santas; finalmente, como este divino Corazon fue como la oficina en donde se formó el plan de todos los sagrados misterios de la vida y muerte de Jesucristo, no hay que extrañar el que todos los Santos hayan honrado á este sagrado Corazon con un culto tan religioso, y le hayan profesado tan tierna devoción.

(S. Bernardus de Pas. Serm. 3.). "¡Oh dulcísimo Jesus exclama san Bernardo, qué de riquezas encerrais en vuestro sagrado Corazon! ¿Es creible que los hombres no sientan lo mucho que pierden por su indiferencia, y por el olvido que tienen á este adorable Corazon? Por lo que á mí toca, añadé el santo Doctor, yo nada omitiré para ganarle y poseerle, y le consagraré desde hoy todos mis pensamientos: sus sentimientos y sus deseos serán los míos; y en fin, lo daré todo, todo lo sacrificaré por comprar este tesoro. ¿Pero qué necesidad hay de comprarle, continúa el santo Doctor, siendo como es verdaderamente mio? El corazon de Jesus (lo digo con confianza) el corazon de Jesus es mio, pues es de mi ca-

» beza; y lo que es de la cabeza, es asimismo de todos
 » los miembros. Será, pues, de hoy en mas este sagrado
 » Corazon el templo en que yo no cesaré de adorarle, la
 » víctima que ofreceré sin cesar, el altar donde haré mis
 » sacrificios, sobre el cual el mismo fuego del divino amor
 » en que arde su corazon consumirá el mio; en este sagra-
 » do corazon hallaré un modelo por donde arreglar los mo-
 » vimientos del mio: un fondo con que pagar todo lo que
 » debo á la justicia divina, y un puerto seguro en donde
 » al abrigo de las tempestades y de los naufragios cantaré
 » con David (2. Reg. 7.): He encontrado mi corazon para
 » orar á mi Dios, sí; he encontrado este adorable Cora-
 » zon en la divina Eucaristía, encontrando en élla el sa-
 » grado Corazon de mi buen Amigo, de mi Hermano, de
 » mi Rey, de mi Redentor; despues de esto, ¿de quién de-
 » penderá el que ore con confianza, y no consiga lo que
 » pidiere? Vamos, hermanos míos, entremos en este ama-
 » ble Corazon para nunca jamás salir de él.»

El culto al sagrado Corazon de Jesus no se termina á
 aquella porcion material y musculosa del cuerpo del Sal-
 vador; pues la Iglesia no acostumbraba dar culto particu-
 lar á las partes materiales del cuerpo de Jesucristo sepa-
 radamente. Este es un culto espiritual y simbólico, que tie-
 ne por objeto el amor que este Señor nos ha profesado y
 nos tiene; y como nada expresa mas bien este amor que
 el corazon, centro y oficina del amor, este es el motivo
 por que se dice adorarse el corazon de Jesus con cul-
 to particular, aunque no se dé culto sino á su amor. Así
 se explica el autor en el libro que compuso sobre la *de-
 voción del Corazon de Jesucristo.*

§. LXVIII.

La invención de la santa Cruz.

La santa Cruz, glorioso trofeo de nuestra redencion, au-
 gusto teatro de las divinas misericordias, instrumento
 precioso de que Dios se sirvió para la salvacion del gé-
 nero humano, ha sido despues de la muerte de Jesucristo el
 objeto del culto particular de todos los fieles. Como los ju-

díos acostumbraban á enterrar con los ajusticiados los ins-
 trumentos de su suplicio, la cruz del Salvador fue arrojada y
 puesta en un hoyo junto á su sepulcro con los clavos de que
 estuvo pendiente. Despues de la resurreccion de Jesucristo
 nada olvidaron los judíos para robar á la veneracion de
 los cristianos todas estas preciosas reliquias. Habiéndose
 apoderado los paganos de los santos Lugares, llevaron
 aun mas adelante la impiedad de los judíos, se va-
 liéron de todos los medios imaginables para abolir hasta la
 memoria de los instrumentos de nuestra redencion. Cegá-
 ron la cueva del santo sepulcro, pusieron encima una gran
 cantidad de tierra y de cascote, embaldosaron este te-
 rreno, y por colmo de impiedad y profanacion edificaron
 encima un templo consagrado á Vénus, donde ofrecian
 los mas abominables sacrificios; y con esto embarazaron
 á los cristianos el que comparciesen jamás en aquel sitio.

Despues de la entera derrota de Licinio, emperador
 de Oriente, el gran Constantino, primer emperador cris-
 tiano, viéndose único dueño de los dos imperios, excitado
 por el celo de la ilustre Elena, su madre, empleó todos
 sus cuidados en hacer florecer la verdadera religion, des-
 truyendo las infames reliquias del paganismo. Mandó des-
 truir, entre otras cosas, este monumento de la impiedad,
 haciendo edificar en el mismo sitio una iglesia tan mag-
 nífica, que sobrepujó á los mas soberbios edificios de otras
 ciudades.

La emperatriz santa Elena quiso encargarse por sí mis-
 ma de esta grande y piadosa obra. Ocupada largo tiempo
 habia en obras de piedad, y en todo lo que podia con-
 tribuir á la gloria de la religion, fué á Jerusalem, sin em-
 bargo de tener ya cerca de ochenta años de edad, con la re-
 olucion de no omitir diligencia alguna para encontrar la
 cruz del Salvador, sin reparar en los obstáculos que se
 le ofrecian, y que parecian insuperables; pues, como dice
 Sozomeno, los gentiles, en odio del nombre cristiano, ha-
 bían hecho todos sus esfuerzos, y se habian valido de to-
 da su industria para abolir hasta la memoria del lugar en
 que habia sido enterrada la cruz en donde estaba el san-
 to sepulcro. Santa Elena empezó haciendo echar á tierra
 el ídolo y el templo, quitóse despues la tierra y el casco-
 te, y al favor de una antigua tradicion, hizo cavar tan